

La mercancía planetaria

Lucas Benet. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED, España)

Recibido 19/08/2023

Resumen

La propuesta del presente trabajo es la de alargar un poco más la experiencia de mundo y nuestra relación sana con él antes de que el planeta Tierra evolucione a una climatología adversa y letal para cualquier ser vivo racional con nociones como las de «mundo» y «convivencia». Una propuesta de serenidad frente a los estímulos que consiste en lo que uno encuentre en su medio como imprescindible para su uso y no necesitar más porque —al menos visto desde una perspectiva ecológica— lo suficiente basta. La civilización ya nos ha traído lo suficiente como para vivir, dar y tomar del planeta. Sin meditar en la técnica de todos los días, del mundo a mano, es imposible pensar la deriva en la que está cayendo el pensar de lo planetario. Pero no como marco de imágenes de mundo en un aspecto religioso o artístico en consecución de una imagen religiosa concreta, sino como modelos de mundo. Esto es, de esquemas, bocetos, diagramas de flujo, bases de datos, programas y cálculos con los que calcular escenarios planetarios o mundiales en base a la estadística y al pensamiento matemático.

Palabras clave: mundo, planeta, producto interior bruto, técnica, *Ge-stell*.

Abstract

The Planetary Commodity

The proposal of this work is to lengthen the experience of the world a little longer and our healthy relationship with it before planet Earth evolves into an adverse and lethal climate for any rational living being with notions such as «world» and «coexistence». A proposal of serenity in the face of stimuli that consists of what one finds in one's environment as essential for one's use and not needing more because —at least seen from an ecological perspective— enough is enough. Civilization has already brought us enough to live, give and take from the planet. Without meditating on the technique of every day, of the world at hand, it is impossible to think about the drift into which thinking about the planetary is falling. But not as a framework of images of the world in a religious or artistic aspect in pursuit of a specific religious image, but as models of the world. That is, of schemes, sketches, flowcharts, databases, programs and computations with which to calculate planetary or world scenarios based on statistics and mathematical thinking.

Key words: World, Planet, Gross Domestic Product, Technique, *Ge-stell*.

La mercancía planetaria

Lucas Benet. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED, España)

Recibido 19/08/2023

§ 1. Mundo indefinido

Los griegos tenían un término adecuado para las «cosas»: las llamaban *πραγματα* (*prágmata*), que es aquello con lo que uno tiene que habérselas en el trato de la ocupación. Sin embargo, dejaron ontológicamente en la oscuridad justo el carácter específicamente «pragmático» de los *πραγματα* determinándolos «por lo pronto» como meras cosas. Nosotros llamaremos al ente que comparece en la ocupación el útil [*Zeug*]. En el trato pueden encontrarse los útiles para escribir, los útiles para coser, los útiles para trabajar [herramientas], los útiles para viajar [vehículos], los útiles para medir. Es necesario determinar el modo de ser de los útiles, y esto habrá de hacerse tomando como hilo conductor la previa delimitación de lo que hace útil un útil, de la «pragmaticidad» [*Zeughaftigkeit*].

Martin Heidegger, *Ser y tiempo*
(2012: 90)

123

eikasía
N.º 120
Marzo-abril
2024

La metáfora ecologista en torno a la técnica (Benet, 2021) nos llevó a pensar que el ecologismo es una traslación o traducción de una idea secularizada heredera de una antigua concepción del mundo. Dentro de un mundo cambiante, cuya fuerza motora es la tecno-ciencia, el ecologismo trata de cancelar el acceso a la dependencia de hidrocarburos en un futuro escenario civilizatorio.

Dado que la catástrofe o el colapso civilizatorio es inminente —piensa el ecologismo y sus derivados— se ha de cancelar cuanto antes la dinámica derrochadora de la moderna civilización occidental con tal de evitar la abrupta interrupción de nuestro actual estilo de vida con un parón energético futuro. Virus, enfermedades respiratorias globales, mutaciones genéticas de los virus, descongelación del permafrost... Estos son algunos de los casos en los que el ecologismo pone énfasis y trata de evitar a toda costa con tal de que un mundo de accesos y desventuras de derroche energético se haga

realidad con vistas a evitar consecuencias como genocidios, colapsos sistémicos a escala planetaria y otras gestualidades políticas de claro calado conservador y escapista.

Si todo alejamiento del ecologismo más vulgar y de pancartas, con sus eventuales avatares históricos, es un rasgo identitario de una civilización en peligro de extinción, lo pertinente es hacer del grito de algunos la voz de todos. Al ser una cuestión cíclica y periódicamente más acusada, si cabe, en el tiempo lineal, el planteamiento ecologista frente a la emergencia planetaria hace de la vivencia espiritual del universo un lugar comprometido con la finitud y el desabastecimiento inminente de cosas a mano, de útiles o incluso de materiales meramente para el ocio y el disfrute.

El uso del automóvil, Internet, viajes internacionales, el sueño húmedo de la conquista interestelar o una falsa y coja pedagogía inconsciente del puesto que el hombre ocupa en el cosmos —derrochador de recursos irremplazables— hace de la realidad ecologista y de sus preocupaciones un lugar común donde caben muchas interpretaciones diversas, con un calado o con inclinaciones interesadas en multitud de aspectos del futuro acontecimiento escatológico y la terminación de nuestro mundo.

Un mundo sobrepoblado, altamente cambiante en sus imágenes y de pura frivolidad de asuntos que, en general para los antiguos griegos eran algo más bien cotidiano (lo político), se convierten rápidamente en asuntos para un modelo de dialéctica parlamentaria infinita hasta el exhausto ocaso de Occidente. O hasta el agotamiento de la paciencia pública y colectiva. Y mientras tanto, la dinámica del derroche se extiende mientras no se agoten las reservas petrolíferas o hasta que la gota colme el vaso del devastador estilo de vida occidental.

Los *tipping points* (o puntos históricos de inflexión climática) de los que habla el ecologismo, cuya referencia puede encontrarse, por ejemplo, en el fundamental y famoso primer informe al Club de Roma por parte del MIT (Meadows *et al.*, 1974), avalan los inmediatos deberes y la sustitución de quehaceres cotidianos de la población occidental y occidentalizada por la pronta comprensión de un lugar habitable (y un poco menos grueso en sus concepciones mundanas y planetarias más allá del uso de hidrocarburos) y, por lo tanto, con más posibilidad habitacional (en el amplio sentido de habitar un ecosistema y de habituarse a él y a su clima) para la

amplia pluralidad de mundos dentro de un mismo planeta. Mundos y sentidos de mundo que caben en la región planetaria del ser humano.

Unidos, separados o colindantes son aquellos sentidos del mundo, pero capitalizados por algunas culturas dominantes. Dentro de una problemática tal se inserta y desarrolla una filosofía de la técnica (o la filosofía de la tecnología, dicho en términos más primarios) y que trata de desentrañar el desenvolvimiento y despliegue de lo técnico, que irremisiblemente ha acabado por poblar un mundo lleno de artefactos y de dispositivos. Una serie de conjuntos y ensamblajes que se superponen unos sobre otros y que conforman lo que Jean-Luc Nancy (2015) ha definido como «eco-tecnologías». Esto es, un entorno o un ambiente destinado meramente al desarrollo de técnicas que se obliteran unas sobre otras cual poblado bosque cuyos caminos se pierden en la maleza, tan desorientadores. Dada la alta capacidad técnica de Occidente o el plano de inmanencia constitutivo de ensamblajes mercantiles como única realidad del entendimiento humano (y que se somete a sí mismo dentro del contexto unificado de la experiencia) posee unas virtudes que residen en las patentes que poco a poco el americanismo ha ido adquiriendo por fuerza o mediante compra (Shiva, 2003) como forma ulterior de desarrollo socio-económico y tecno-científico; y cuyas bases parlamentarias descansan sobre los propios pilares de la inmanencia y el atractivo de la técnica. Ya sea un fenómeno como el arte, la política, la ciencia o el amor, la técnica puede y podrá cifrar los acontecimientos de la Cuaternidad (*Geviert* en términos heideggerianos) según la intención a la que refieran o el contexto al que remitan (Heidegger, 2014: 156-157).

Incluso la religión pasa por el canon de la técnica ya que la transmisión del acto comunicativo a las masas hambrientas de ídolos y de figuras de la imaginería necesitan actualizar en todo momento el estado fervoroso de su religión siguiendo los comunicados papales tele-transmitidos. No sin observar la realidad de sus pensamientos a través de televisores o teléfonos inteligentes que alejan cada vez más a sus usuarios a un universo de deseos e imágenes, siempre y cuando obedezcan a los requerimientos del cliente cuya solicitud provocan los usuarios. Preguntas como «¿quién soy?» o «¿adónde me dirijo?» son respondidas por videntes de la *New Age* religiosa como poderoso fármaco contra tan inquietante silencio angustiante que es la existencia de estar en un mundo en riesgo. Un mundo demasiado consciente de sí

mismo como para abordar algo ajeno a lo que su Espíritu pueda recoger (posiblemente porque no queda más Espíritu por recoger fuera de la cuadratura de las pantallas móviles o de los televisores).

El ecologismo propone salir de este esquema o marco de representaciones con tal de que lo sistémico cobre el significativo valor de lo que es noticia. Pero, ¿cómo establecer un rango de valores que no son sino un fraudulento intento por mejorar las condiciones de vida de los que observan sus propias preguntas a través de los dispositivos inteligentes? Lo apropiado sería reducir la dinámica religiosa protestante que ha ido imperando en el mundo burgués hasta convertir el valor de la pregunta en mera moneda de cambio. Preguntas frívolas que van desgastando la impronta de sus valores en meros intercambios políticos, artísticos, científicos o amorosos dentro del contexto unificado de la experiencia (técnica) televisada. Si la tendencia es la cibernética y la tarea última de la filosofía es pensar lo impensado (Heidegger, 2000) allende lo cibernético, será mejor ir preparando un modelo de diálogo donde puedan entrar una batería de preguntas y de respuestas que controlen la excepción ante la regla (lógica) sin que se malogre o se pierda el camino *hacia la filosofía* en un alejamiento olvidadizo del propio destino del pensamiento que se ocupa de pensar lo impensado.

Un destino altamente confuso y disperso, diseminado en artificios mercantiles que hacen olvidar las inquietantes preguntas de lo filosófico. Un artilugio filosófico sería lo ideal, pero ya siendo desmontado por la inteligencia artificial (ChatGPT) poco se puede hacer si la idea es unificar la filosofía pasando por el canal informático o telemático. Lo suyo sería hacer de las preguntas filosóficas posibilidades necesarias y que pasen de ser meros ejercicios especulativos a necesidades reales por entender el mundo circundante de los individuos por sus propios medios.

Lejos de cualquier postura reivindicativa que reclamen las filosofías de cualquier voz, y acabar definitivamente con la retahíla de los «hay que...», es mejor pararse a pensar qué puede manifestar una filosofía de la técnica si su tarea principal y heredada es pensar no únicamente la técnica o lo tecnológico, sino también lo reservado a lo todavía no pensado, aquello cuyo valor —aún prístino y por desvelar— es para el pensamiento la tarea misma de pensar lo todavía no pensado. Lo digno de ser pensado.

Facilitar, por lo tanto, la tarea de pensar lo hace la filosofía, pero no puede provocar un pensamiento cual *actio in distans* sobre la mente de los individuos o extinguir una

determinada actividad mental dirigida a fines para una mera y simplona revalorización de los desgastados valores del capitalismo tardío. Se trata, dicho con otras palabras, de provocar o de esclarecer una excitación muy concreta por lo impensado. Por lo que todavía queda por hacer. Y para eso, la puerta de entrada —en lo riguroso y lo metodológico— será siempre la filosofía.

Ya en la antigua Grecia se señalaba que la esencia de la cosa —de la entidad— está determinada por el uso que se hace de ella. Lo esencial de algo son los fines con los que se encuentra la entidad útil en presencia humana. El punto de coincidencia de una esencia se encuentra entre su finalidad o utilidad a mano (tener algo entre manos) y su disposición útil a punto de ser usada (la mano que elige entre diversas posibilidades existentes). El punto coincidente de la esencia, ahí donde se encuentra la utilidad, se da en la mano que se echa sobre el útil. La esencia del útil dimana del contacto entre él y la mano.

En la obra, el pensamiento antiguo considera menos el proceso de fabricación, la *poiesis*, que el uso que se hace de ella, la *chresis*. Y es en función de la *chresis* como se define para cada obra el *eidós* que el obrero encarna en la materia. El objeto fabricado obedece, en efecto, a una finalidad análoga a la del ser vivo: su perfección consiste en su adaptación a la necesidad en consideración de la cual ha sido producido. Hay pues, para todo objeto fabricado, una especie de modelo que se impone al artesano como una norma. Este *eidós*, no es una «invención» humana que el obrero pudiera crear, o incluso modificar a capricho de su fantasía. El artesano debe, por el contrario, ceñirse, tanto como sea posible, a este modelo necesario, ya trabaje con los ojos puestos en él, ya prefiera poner su confianza en este dominio sobre el usuario, mejor situado para conocer verdaderamente el *eidós*, puesto que él es el único en tener la *chresis* de la cosa. El artesano, dice Aristóteles, es peor juez de su obra que el usuario: su acción fabricadora versa sobre los medios, el fin lo supera. También cuando se trata de fabricar una flauta es el flautista quien manda y el fabricante quien obedece. Platón se explica con más precisión. Para cada cosa hay tres especies de arte: la de su utilización, la de su fabricación, la de su imitación. Pertenecen al usuario, al artesano, al pintor. El pintor, como todos los otros imitadores, no conoce de la cosa sino su apariencia exterior, que va a representar mediante «artificios» para dar ilusión de realidad. El artesano fabrica efectivamente la cosa, pero sin conocer perfectamente, en tanto que artesano, su *eidós*, es decir, su fin. Sólo el usuario posee esta competencia. [Vernant, 2017: 271-272]

Podría continuarse ahora con lo siguiente: si el uso del útil lo determina el usuario, queda entonces el útil al servicio de la serie de disposiciones que el propio usuario

determine sobre el útil o instrumento a mano. La confección de útiles y su esencia quedaría determinada como presunta intención por parte del demandante sobre el útil a usar y su encuentro con la finalidad para la que sirve o sirven los útiles en toda su diversidad. Si una caja de herramientas es para algo, que sea para cumplir con las finalidades propuestas de antemano. Y antes de echar mano de las herramientas, el usuario sabe previamente cuales —de entre todas las herramientas que puede usar— usa efectivamente para el objetivo que él mismo se ha marcado, antes de llevar a cabo la terminación de su obra. Aún por materializarse, la idea de la obra está destinada a una determinada relación de producción (no necesariamente una relación explotadora), de modo que el usuario —el agente con manos hábiles— es quien domina los útiles y las herramientas que utilizará para la consecución de un determinado objetivo; siendo unas herramientas necesarias y otras prescindibles. Si algo se rompe, es también reemplazable, siempre que la utilidad quede fijada y destinada a la finalidad ya predefinida por el agente trabajador...

Sin embargo, en la *Odisea* de Homero hay un verso que indicaba que ya en aquellos tiempos se tenía la intuición o el presentimiento de que los instrumentos técnicos dominaban al hombre de modo que el instrumento se convertía en el sujeto y el presunto sujeto (el hombre) en instrumento de su instrumento. Es el verso 13 del canto XIX de la *Odisea*. La traducción reza: «Pues ya el [arma de] hierro por sí mismo [autòs] atrae [arrastra] al hombre»¹.

Ya por algo así vale la pena pensar en la técnica como dimensión del mundo, que provoca al hombre a llevar a cabo acciones bajo diversas premisas: ya sea la guerra o el levantamiento de fronteras. La técnica está ligada a muchas de las intenciones que dominan la vida diaria y los quehaceres de la civilización. Tanto para el tiempo de trabajo como del no-trabajo, la técnica predomina irreversiblemente cada día a medida que los modos de comportarnos frente a ella han quedado reducidos a su mínimo punto de existencia. Existencias acorraladas por la máquina, que echan mano de su *smartphone* más novedoso porque ya quedan menos motivos sobre cómo despejarse después de una dura jornada laboral. Una jornada laboral que, por otro lado, cada vez tiende más a la cibernética y a la técnica de sistemas en red; y a la automatización de procesos en los que predomina el entorno cliente-servidor. Una informática que, por

¹ La traducción es de Tomás Pollán.

un lado, amasa capitales tanto con el trabajo de trabajadores dispuestos según un cuadrante que enajena como, por otro lado, capitaliza el ocio de los trabajadores con la obligación de disfrutar en base a la propia informática y el pensar cibernético que predomina en todo el mercado del divertimento.

Una existencia caracterizada así, queda recortada en sus posibilidades pensantes frente a los presupuestos cada vez menos metafísicos sobre la técnica, que ya de por sí hace de su experiencia en vida del agente un momento de gran provocación desmedida y descontrolada, sobre todo dentro del vaivén comercial del mercado de patentes, bienes de consumo y agendas políticas para, por ejemplo, obras públicas para los habitantes de los núcleos urbanos y otras poblaciones periféricas.

Pero, ¿cómo distinguir todo esto, de entre las entidades técnicas (un barco, un clavo, una obra de ingeniería...) caracterizadas según un determinado servicio concreto, y para llevar a cabo una finalidad, de aquello técnico que sirve como mediación para un fin determinado (instrumentación, objetos de medición, de calibración y de reparación...) respecto de obras que, ejecutadas por medio de técnicas, (una acuarela, un ciclo literario como el de Proust o la poesía épica) no sirven más que para la contemplación y la dilucidación de entidades históricas? La respuesta está en el *sentido*. En aquello que diferencia a un instrumento (la mediación para hacer algo con lo que obtener un resultado) de una obra (el propio resultado). Pero aquí sólo estamos hablando de lo técnico, de lo que queda a disposición de la mano. Sin una mediación que piense fuera de lo técnico, sin una metáfora sobre la propia máquina y su mecanismo (poetizar una caja de herramientas, por ejemplo) no habrá jamás un riesgo en el pensar: un pensar destinado a ir más allá de la ingeniería y el cálculo a los que remite la inteligencia que los ha traído a presencia. Sin aquello técnico, sin el resorte de la técnica, no habría una *Ge-stell* a escala planetaria de la que dará cuenta posteriormente Heidegger en sus descripciones fenomenológicas.

Pero, ¿por qué preguntar por la técnica desde una perspectiva histórica con su propio recorrido desde el origen al destino?

§ 2. Planeta finito

La pregunta rectora que nos ha traído hasta aquí es la crisis ecológica y la incógnita de cómo hacerle frente en su totalidad de formas y de múltiples manifestaciones. La

respuesta está en tratar al planeta Tierra como estación de servicio, por medio de la técnica (principalmente de la industria petroquímica) para extraer de él las materias primas que supondrán desde el final de la Segunda Guerra Mundial la globalización del estilo de vida de Occidente. Ugo Bardi, miembro actual del Club de Roma, lo señala claramente:

El fin de la segunda guerra mundial abrió un periodo de gran prosperidad para el mundo occidental. Fue el tiempo de las viviendas suburbanas, de los dos coches en para cada familia, del refrigerador en la cocina, y de los viajes en avión que ya no serían el privilegio de los ricos. Fue la era de los plásticos, los antibióticos, la televisión y de los primeros ordenadores. Fueron también los años del comienzo de la exploración espacial. El primer satélite Sputnik fue lanzado en 1957. Sólo doce años después, en 1969, el hombre pisó la Luna por vez primera. [Bardi, 2011: 5]²

Un estilo de vida fuertemente caracterizado por la adquisición y compra de bienes de consumo, para llevar a cabo una veloz conversión de lo ente en mercancía, y de convertir el consumo de mercancías en una forma simbólica del poder adquisitivo de cada individuo y de cada núcleo familiar. A raíz de este pensar, el pensamiento sobre lo planetario se ha convertido en una gestión mercantil y el planeta como tal ha quedado subyugado al libre mercado, a merced del mejor postor dentro del pensar de la rentabilidad y la consiguiente superación de toda metafísica histórica y mundana. Cegado por una dinámica que no cae más allá de un futuro lleno de posibilidades por explotar, nunca antes consideradas, dentro de la historia planetaria en la que únicamente predomina la occidentalización.

Pero, ¿qué forma adquiere nuestro pensamiento para tratar al planeta como una mercancía más, lista para ser expoliada o agotada al extremo de aquí hasta lo que dé de sí?

A día de hoy se piensa el pensar como pensamiento sobre lo planetario; se piensa el planeta en forma de entidad de la que dimanan materias primas y recursos, pero no se piensa lo mundano como una relación humanidad-hábitat que mantenemos con el

² «The end of the Second World War brought a period of great prosperity for the Western World. It was the time of suburban housing, of two cars for every family, of a refrigerator in the kitchen, and of air travel which was not any more a privilege for rich. It was the time of plastics, of antibiotics, of television, and of the first computers. Those were also the years of the start of the exploration of space. The first Sputnik satellite was launched in 1957. Only 12 years later, in 1969, a man set foot for the first time on the Moon.»

planeta Tierra. No se tiene experiencia del planeta Tierra como un mundo dentro del que acaecen cosas nuevas, sino que se simula su experiencia como algo ya dado, donado, donde el juego del pensar es ya plenamente considerado como una posibilidad cerrada y terminada: lo técnico ya existente juega aquí el papel de entidad que se presta a disposición de la mano y sin posibilidad de futuro pensante. Esto es, el juego del pensar sobre lo planetario es un cálculo, pero en ningún momento una meditación. Pero no se juega con el mundo como mundo abierto en el que poder inventar una metafísica, anularla y pensar a raíz de ella. Y, a partir de su nulidad, ir hacia un nuevo comienzo un poco menos abusivo en el pensamiento sobre lo planetario.

Si se ha llegado a pensar el PIB mundial como PIB del planeta en forma de mercancía y entidad con valor de cambio es debido a que se piensa que se puede sustituir la Tierra por otro planeta más que esté en derredor: la creencia de que estamos destinados a vivir más allá de la Tierra —un planeta cuyo valor de uso queda necesariamente por debajo de la estima calculada en el supuesto de un valor por el intercambio planetario. ¿Y a dónde nos lleva esta ilusión? A calcular lo que podemos tomar del planeta antes de abandonarlo, como si de un suelo sustituible se tratara. Únicamente habría que arriesgar el salto de una Tierra a otra «tierra» (por medio, justamente, de lo tecnológico futuro).

No es recomendable en ningún caso pensar el pensamiento sobre lo planetario como planeta en forma de mercancía intercambiable de la que partiría una rentabilidad ilimitada. Se piensa el PIB mundial como mercancía de la que parte el beneficio, pero es un valor que no se diferencia de ninguna otra mercancía, pues no hay más planeta que el único habitable: luego el planeta Tierra es único y no canjeable. El PIB mundial, esto es, el PIB planetario es un fenómeno de perversidad, de persistencia perversa en torno a la posibilidad innecesaria e imposible de querer intercambiar al planeta como mercancía por otra diferente al actual espacio de habitabilidad que nos permite vivirlo. Sin embargo, el PIB mundial sólo vale para aquellos que necesitan teorizar en torno a la plusvalía del valor de cambio de lo planetario como fenómeno de recompensa que admite intercambio, en caso de existir tal intercambio: esto es, de tener el planeta Tierra la posibilidad de ser reemplazado. La ideología presente es la de abandonar el actual planeta y sacar cierto rédito económico a partir de ese abandono de la tierra que a

todos nos alberga. Como si hubiese independencia de todo el conjunto planetario al cual pertenecemos y que muchos tratamos como mero punto de repostaje y estación de servicio. Un servicio eventual que no es posible meditar desde el capitalismo excepto cuando entra en juego el valor exo-planetario de encontrar vida en otros planetas, o la posibilidad de habitar Marte, dentro de lo que se considera como rentabilidad de una colonización interplanetaria, creando vínculos interestelares a lo Elon Musk, en un movimiento de autoengaño morboso que, para gran parte de la sociedad creyente es el absolutismo de la tecno-ciencia y sus «dádivas». El final de la excepción humana se da en el proyecto de su extinción.

El hecho de que se pueda meditar en forma de rentabilidad el hecho de un intercambio planetario, deja margen para el pensamiento morboso y el sueño húmedo de la tecno-ciencia —la posibilidad de habitar Marte— por ejemplo, con la tecnología advenida de un futuro aún por acontecer y en el que caben todo tipo de figuraciones de la consciencia y otros substancialismos. Un futuro que, para empezar, no es futuro alguno porque se va ausentando poco a poco la posibilidad de abonar el recurso futuroológico que alimenta tales ensoñaciones: la vida que lo sueña en el único planeta habitable conocido, reducida la vida año tras año en su habitabilidad y biodiversidad sustentable (no ya habitabilidad digna, sino sencillamente posible) debido al cambio climático catastrófico desatado por la técnica, y formulada por Heidegger como la *Ge-stell*.

Si queremos abandonar este planeta habremos de abandonar su historia humana, pasajera en el proceso geofísico de la Tierra, pero decisiva para lo humano y sus circunstancias y vanidades (el ensueño de la tecno-ciencia incluido). Abandonar el planeta supone el fin de la Historia, pero de eso se ocupan aquellos que piensan la realización del reino de la tecnología en la tierra y la consumación de la utopía emancipadora para la liberación de lo técnico en una nueva dimensión, pero no de lo humano: una supra-tecnología con autonomía propia. Cosa que se está dando, pero de modo inconsciente, como modo de medida de magnitudes, lejos de cualquier pensamiento de relaciones del que escapa la mayor parte de habitantes del planeta Tierra y de aquellos que permanecen en la cultura popular (y que no tienen acceso al «visualismo» de la ciencia por medio de la técnica, imposibilidad en la que posteriormente indagará Don Ihde [1999]).

Un pensamiento dentro de un conjunto no-intencional mayor que la actual civilización y su actual pensar: tanto de superación capitalista de los límites biofísicos y planetarios, así como de superación de los límites económicos capitalistas dentro de lo que se considera al planeta como mundo de muchos mundos. Esto es, un ensamblaje de actantes no-humanos y no-intencionales que se interrelacionan y coexisten dentro de un imaginario infra-histórico del olvido del fenómeno tecnológico y de otras líneas de producción cuando nos deshacemos del producto o desechamos una mercancía *hecha para tirar*. Creemos que podemos reemplazar el mundo porque hemos mercantilizado el planeta en torno al PIB mundial, pero el planeta no puede desecharse o «tirar por el desagüe», y aislar lo necesario para algunos. Dejándolo deforestado o climáticamente enrarecido como si de un cuerpo intencional se tratara, y que podemos despreciar como forma de acto liberador e igualitario para el conjunto de su población desde la eficiencia tecnológica perteneciente, todo ello, a una ciencia prometida aún por venir.

Esto da lugar a un pensamiento de relaciones que sólo puede concebirse en el carácter positivo o afirmativo de la lógica cultural del capitalismo avanzado, no como forma de abolición de limitaciones, sino como dueños de la tecnología y, por lo tanto, de la Naturaleza que sirve como telón de fondo para el ulterior desarrollo transhumanista. Por el momento sólo tenemos metáforas con las que soñar a ser súper-hombres. Metáforas con las que hablar de abandonar el planeta o de ser sustituidos por máquinas en algún futuro, como dueños de un cosmos que, por desgracia, algunos ya empiezan a observar como sordo e indiferente a causa de la «zozobra» terrenal de lo humano; tendente al progreso de la ciencia, y quizá también de la conversión de lo divino a su forma de metafísica mercantil. Si hemos matado a Dios no es únicamente debido a que, por medio de la técnica, se traducen los motores ignotos del universo en magnitudes relativas de las leyes de la naturaleza, sino porque no podemos abandonar el hecho de que somos finitos y mortales. La humildad aquí desprendida debería ser visible para todo ser humano, pues no hay traducción supraterrrenal de la vivencia del hecho de ser parte del mundo. No hay un intercambio de vidas, de una experiencia de la *facticidad* del mundo por la promesa de otra vida supraterrrenal.

Tampoco, para desgracia de algunos, hay eso que consideramos como suficientemente digno, queremos más y más hasta ser capaces de sustituir el actual planeta Tierra por otro que esté alrededor. Pero no hay planeta alrededor, no hay habitabilidad más allá de la historia mundana del planeta Tierra: algo que compete tanto a lo humano como a la técnica en un equilibrio entre la mano y otros límites no-intencionales que escapan de la mano. Ver el pasado y aperebirse de un posible futuro lo hacemos todos, pero el tránsito de hacer eso a vivir constantemente a la zaga de lo futuroológico sólo lo hacen los poetas y los artistas, los científicos han de dar cuenta constantemente con un lenguaje que remite a la tecnología manufacturada que sustenta sus exploraciones. Un modelo de la tecno-ciencia aún por venir, pero no la imagen de un mundo en el que caben muchos mundos. He aquí la diferencia entre invención (imaginativa) e innovación (técnica).

Una diferencia que no se dejará pensar hasta que llegemos al extremo de lo actualmente pensado: el pensamiento de la gestión planetaria como forma de despliegue tecnológico de entidades útiles para usar, con obsolescencia programada y otros comandos de dominio sustituyentes. Pero la realidad es que la tecnología y la crítica a la tecnología se fundan constantemente en un pensar unitario del cual parte o bien el cálculo o bien la meditación: pero nunca hay entre ellos una reconciliación en cuanto a la vertiente pragmática (en el sentido de *prágmata*) que los combine para dar lugar a un diálogo entre nosotros en persecución de un lugar inquiridor. Un lugar históricamente decisivo. No hay reconciliación entre la región poética del pensar y la región racional del cálculo conducida a fines teleológicos como mero negocio cultural. La formalización constante de lo misterioso se sacraliza a favor de la tecno-ciencia, pero no a favor de otras inteligencias con un menor fondo de rentabilidad. Si estamos racionalmente destinados a ser eficientes es porque de fondo hemos olvidado como civilización que somos un conjunto biótico inferior al planetario. Un sistema planetario que abriga y alberga un sistema abierto civilizatorio racional dentro de un sistema planetario mayor y cerrado.

La racionalidad técnica no es a día de hoy un asunto poético para meditar: es una mercancía de la que hacerse cargo en caso de sobrepeso poblacional, parálisis energética y aceleración del cambio climático catastrófico. Abocada la técnica, localizada en empresas, a una economía de choque cortoplacista globalizada,

destinada al sobrepaso biofísico del planeta tanto en forma como en fondo, debido al pensar calculador concreto e histórico de lo técnico instrumental y mediador (armamentístico en lo ulterior). Una traducción que ya no es la misión humana, sino la e-misión del despojo y de las excrescencias mercantiles hechas para tirar. Una dinámica que hace funcionar a corto plazo el expansionismo o la auto-reproducción del capital, pero no como forma última de advenimiento futuro. Los caminos del pensar teleológico son técnicamente dicotómicos en los que, si no domina el humano, lo hace, por el contrario, debido al vencimiento y obsolescencia humana, la máquina y la cibernética (supuestos objetos con valor de cambio y, para Günther Anders, el símbolo del dominio invertido que capitaliza la máquina como forma de subyugación sobre el trabajador en el sentido de *desequilibrio prometeico*). Pero Heidegger no callará en este punto.

§ 3. La relación mundana con el planeta

Lo que está en juego no es el planeta, sino nuestra relación con él: el mundo. Una diferencia ontológica. Pero esto es filosofía y la imagen del mundo y su concepción. Mientras, la ciencia se ocupa de sus propios seres, no del Ser. Por lo tanto, la epistemología que la delimita sólo puede caer dentro de modelos de mundo. Por lo pronto, todo pensamiento de modelos cae dentro de un marco de delimitaciones epistemológicas. No hay escapatoria para el ecologismo incluido el tipo de futuro fuera del marco de una superación (*Aufhebung*) salvífica de lo humano sobre lo maquinal.

La realización del reino de Dios en la tierra, como armonización de lo humano y su finitud, acogido en el seno de la salvación de los justos se ha convertido en el único sentido del mundo y del pensar. El mundo como tránsito hacia la conversión a Dios; pero Heidegger formuló la pregunta como camino de tránsito, en una conversión previa a la religión monoteísta. Una pregunta que históricamente se ha dado en el mundo del *Dasein* como forma previa a toda condición de posibilidad histórica del pensar: la interrogación de la pregunta por el Ser y su sentido, y el espacio histórico que puede admitir tal formulación. Lo humano no formula preguntas dispares o por divertimento, sino que de todas ellas escoge la pregunta conductora, la que da lugar a una conversión: la que responde a través de la pregunta por el Ser (por lo que hay a

mano) pero no necesariamente por Dios. Es la pregunta por el sentido del Ser. Y el mundo es escenario y potencia para tales posibilidades inquiridoras, el mundo es lo que hay a mano. Y a Dios no se lo tiene a mano o no está disponible en tanto entidad (como tampoco el ecologismo tiene a disposición el planeta).

El cristianismo sistematiza la Historia como historia de la culpa individual destinada a la salvación en tanto teodicea que dé fundamento inherente a cada cosa a mano como expresión más de Dios —y para una filosofía de la técnica— en los útiles del mundo. El motivo de la importancia de Heidegger es que cambia de pregunta, pero no de sentido: formula la pregunta destructora, la de los límites por la aclaración de la Historia del Espíritu hasta el convulso siglo XX.

El modelo de salvación de la Modernidad es la legitimación de la ciencia por medio de la técnica. La técnica queda de este modo como soporte para toda manifestación de los entes en la tierra, como manifestación de lo planetario dentro de posibilidades de aparición tanto de cosas mercantiles como científicas, pero no como forma de aparición del mundo a mano ni de los *prágmata* en remisión a un trabajo, a un asunto o a una preocupación existencial.

Dado que no hay más aparición de lo técnico que los útiles que funcionan —la entidad del útil— cuando dejan de operar para una función específica, pierden fundamento y se repliegan en un fenómeno de ausencia (en un fenómeno de inutilidad) en el que se cambia de sustancia, pero no de modelo funcional o de operaciones.

Y el modelo o paradigma no abandona, por el momento, la salvación por medio de la tecno-ciencia. Y dentro de este modelo cae también el pensamiento ecológico debido a sus marcos computacionales. Pues lo que propone el ecologismo vulgar es la salvación del planeta como forma de salvación del mundo, sin embargo, lo que se tiene a mano para empezar es el mundo, no el planeta. Y, por lo tanto, propiciando así la técnica empleada en la aparición de entes tecnológicos (incluido el modelo informático World3 introducido en el primer informe al Club de Roma financiado por la Fundación Volkswagen), se olvida desde la antigua Grecia la aparición de *prágmata* o cosas acaecidas en el moblaje interno de la percepción mundana. Se oblitera así la ontología de estar en el mundo por lo ente científico y su mercancía (incluso si esta mercancía es para hacer crítica de otras mercancías).

Nuevamente el ecologismo en este caso se olvida de hacer ciencia del mundo (ontología) y abandona la fuente de posibilidades de pensamiento a favor de una entidad telúrica de la que escapa siempre la voluntad de la mano humana común a lo que comparece en la mundanidad: el planeta Tierra. En este momento el ecologismo incurre en la falacia naturalista.

Si no puede aferrarse con las manos ni queda a disposición de las manos es fenoménicamente inexistente. Heidegger hará en su fenomenología existencial una crítica a tal olvido del mundo como forma sistemática del olvido del Ser y la historia de tal olvido como la metafísica ulterior de Occidente, que ha llegado hasta el día de hoy a nuestro mundo lleno de contradicciones. A día de hoy, a escala planetaria, tal olvido resulta enajenante. Pero aparte de enajenante —y de modo aún más radical— se retrae la metafísica del sujeto (que mucha población terrestre sigue cultivando) implacablemente para su propia consumación en el dominio planetario de la técnica.

Del mundo a mano a la gestión planetaria hay una diferencia que los medios comunicativos pueden contar (prensa, radio, televisión), pero siempre con la limitación de ser meramente pedagógica su comunicación, y en ningún caso alentadora. La información, el fenómeno de estar a la zaga de las noticias y su dimensión anunciadora puede resultar en una extrema enajenación si no se toma en su justa medida. Los informativos no apuestan por un cambio, y las noticias han de ser fiables si se las tiene como única fuente de cuestionamiento.

Al igual que la tecnología, la información y la informática son inteligencias y presencias en el mundo que prescinden de su propio cuestionamiento: la información no se cuestiona qué informar o qué hacer noticia; únicamente informa a discreción sin pararse a preguntar sobre la forma que adquiere periódicamente la información en los receptores, televidentes o lectores de prensa. Día tras día, hora tras hora, los humanos percibimos la información y el noticiario como única forma de albergar preguntas que no sobrepasan a la información visionada, y que tampoco necesitan en ninguna medida la pregunta por su sentido existencial. No se habla semanalmente de la periodicidad de las imágenes de la poesía, por ejemplo, sino de premios concedidos al mejor poeta o poetisa. Hay una apertura a discreción del mundo a la información, que prescinde de espectadores y de sus reacciones porque ya los tiene asegurados: no hay sistema más mediático que el del cristianismo porque recompensa con lo salvífico a

base de mantener la atención en lo infinito: el informe periódico como promesa de bienestar en la participación de lo político como mediación compensadora tras la muerte y la finitud de las individualidades. Fuera de este valor, el del valor de cambio como mero valor informativo, no hay denominaciones: el mundo abierto al juego de lo que a mano llega ya se dispone y se olvida, y se sustituye por la imagen informativa. Pero, por medio de la televisión sintonizada, nos llegan noticias y se oblitera o ignora el valor de otros eventos; entonces se puede hablar de manipulación pasiva. Nadie obliga a nadie a estar sentado durante horas delante del televisor o a leer los oligofrénicos periódicos: la pasividad interna del tiempo del Capital se mide a partir de la dimensión histórica del cristianismo que toma el valor mercantil como mero y estricto corpus informativo.

La información del noticiario es un género conservador. Sin embargo, la forma pertenece a cómo la percepción de la información tiene lugar en el momento del acontecimiento histórico. A este salto hay que arriesgar el hecho de las limitaciones de las noticias, el hecho del aparecerse la Nada desde lo que no es noticia: su margen de silencio.

Hay un sistema de valores cristiano-informativo sin renovar contrato con el pensamiento, todavía sin escindir, y que a cada segundo nos amenaza con extinguir cualquier relación mundana con la tierra o terruño, para hacer del mundo la experiencia de planeta con un valor de cambio supra-terrenal. Pero, ¿quiénes reúnen la gracia del valor de cambio por la tierra habitada por humanos? Sin duda las petrolíferas, Tesla y las oportunidades de innovación propuestas desde Silicon Valley, por ejemplo. Esa es la información que puede llegarnos de la actual cultura dominante y su morbidez de pensamiento de individuos como Elon Musk. Más allá de la actual cultura, tenemos regiones fronterizas del mundo dentro de muchos mundos. Una existencia relacional que podemos otorgar a la televisión, o la radio, o la prensa, pero no a otras posibilidades unificadoras de lo mundano, como puede ser la poesía.

Lo que hoy en día hay a mano es la aceleración salvífica del instante por un Dios que nos acoja pronto en su seno, y mientras las vidas se viven en círculos crecientes que pasan por los útiles y que, por medio de esas vidas, solamente algunos humanos ensamblan aquellos útiles como patentes; otros humanos creyentes viven sus vidas en círculos crecientes que pasan por las domiciliaciones bancarias alrededor de un

monoteísmo mercantilizado. Marcuse abonará las posibilidades de meditación de un contrato que escape del mundo informado periódicamente; del mundo administrado en palabras de Adorno. Un mundo que prometa ser una oportunidad de cambio y de apertura a la invención, olvidando por una vez el programa informativo-innovador. De ahí la apertura heideggeriana a la pregunta por un sentido del límite más allá de la información, fronterizo con lo inefable. Sistematizar fronteras lo hace la ciencia, en regiones de lo siendo sido o acontecido, dentro de teorías actualmente válidas. Pero el arte aún está por llegar, pero ¿cuál será su futuro? La eficiencia en la ejecución técnica. De ahí que se piense en el arte como la última posibilidad de recuperar el futuro, y en la tecnología como medio para alcanzarlo. Un futuro en el punto medio, entre la Historia pasada y lo que está en nuestra mano.

Sin embargo, la ideología cristiano-informativa, de carácter artero, es la que realmente quiere presuponer la existencia omnipotente de una entidad aún por reaparecer, y que todavía no está a disposición de la mano. Sin embargo, la Iglesia —el modelo de salvación del cristianismo— se ha adelantado con sus monumentales construcciones arquitectónicas que encumbran cada pueblo y cada región occidental hasta el agotamiento de cualquier otra posibilidad de logro técnico. Todo lo que puede haber a mano para una aproximación a lo divino dentro de un pueblo se halla ahí donde están las construcciones arquitectónicas de la Iglesia. Encontradas en el mundo a todas horas, marcadas por el tañido de sus campanas. Y el arte dará fe de ello, sin embargo, será la huella de su ejecución lo que permanezca y no la intención del artista. Será el envío histórico del actual asunto que ocupe al artista, todo ello ostentado por las manos de artista puestas a trabajar. Un abismo de oportunidad, de salto y riesgo si se reúnen las pertinentes posibilidades para su de-construcción. Del mundo a mano a lo supra-histórico tenemos todos oportunidad de dar un salto a la conversión de-construktiva, pero en el despegue hacia la vivencia hemos de arriesgar con un disparo de sentido que apunte a su apropiación originaria.

Pero, ¿en dirección a qué? En dirección a lo imposible, o eso piden los revolucionarios. El contrato humano-divino es perentorio. El modelo de la Crucifixión rescinde en la utopía, pero ¿para cuándo la utopía? Cuando no haya más que informar, cuando no haya más información que dar. Queda por venir un tiempo en el que podamos superar el flujo de información y buscar imágenes más allá de lo mediático.

El advenimiento de un tiempo que informe sobre la oportunidad de cambio dentro del espacio abierto por el capitalismo multinacional e informativo en el que las representaciones se transformen en un mapeo cognitivo con el que guiarse dentro de su espacio abierto al juego mundano, y no necesariamente al juego planetario. Un arte político que cuestione la información misma y vivamos con serenidad la tierra circundante. No un arte político que no informe sobre nada, que no le quede ya nada que contar y se queden los medios sin información con la que informar y sin negocio cultural, sino un arte político que muestre la Nada, que informe la Nada —más allá de la información y por tanto situándose en los márgenes de la misma— siendo la Nada el principio de un posible periodismo radical lejos de cualquier sospecha de información pedagógica.

Una Nada que dé cobijo a individuos confundidos en un mundo rotulado por una ciencia de alta cultura que pocos podemos visualizar con una batería de tecnologías a las que no todos tenemos acceso. Sin embargo, no es necesaria ninguna pregunta por ninguna técnica cuando preguntamos acerca de la Nada, no es necesario visualizarla con modelos de imagen porque ya la tenemos aquí y ahora, ante nosotros sin mediación alguna por el tiempo que pasamos ante ella y en ella. La Nada es fundamental y ontológicamente el sustrato de todo lo ahí-dado. Si este nuevo arte político fuese posible daría lugar a una Nada con la que poder guiarnos fuera de la angustia mercantil por poseer lo último del mercado de entidades a la venta. Un arte político que observe y posteriormente exprese la Nada en toda su verdad y no oculte nada de ella, en su forma cultural y las diversas representaciones reunidas con tal de romper con la tradicional sensibilidad y resignación cristianas que prometan un reino de Dios en la tierra, y que cada día que pasa es postergado en una promesa que se vuelve informativa. Una Cristiandad informativa de valores mediados por tecnologías de la imagen visual. Y, por nuestra parte humana, procrastinando la llegada del reino de Dios debido a una ausencia de trabajos que no se conciben como tal excepto cuando tiende a un valor de cambio de una vida terrenal (fuerza de trabajo) por otra supra-terrenal (la metafísica de la mercancía convertida en plusvalía). Si olvidamos el mundo del capital multinacional conducido a centros de poderío tecnológico y lo superamos en un diálogo de relaciones con la Nada, desvinculados del férreo ejercicio de controles

que amasa capitales, podremos vislumbrar hechos históricos que no sean más que la promesa del aquí y del ahora. La pasión por lo Real.

§ 4. Conclusión

Si la Grecia socrática consistía en la mayéutica, hoy en día no es más que echar mano del móvil para responderse a uno mismo sin necesidad de salir a por una verdad más allá del propio horizonte existencial de lo digital. Un ensamblaje de mercancías que alimenta un Espíritu cada vez más denostado y obligado a recogerse en su medianoche sin nada nuevo que contar. La sencilla dialéctica de la pregunta y la respuesta tendente a desvelar los entresijos de lo bello, lo bueno y lo verdadero queda reducida a modelos de lenguaje cada vez más arrinconados por una digitalización binaria del chat.

Tiempos oscuros, y cada vez más desabridos son los que se aproximan e invadirán una intimidad malhumorada sin capacidad de cuestionamiento debido, justamente, a una fundamentación de las costumbres en torno a la maquinaria instrumental y a ensamblajes mercantiles salidos de fábricas, sin ninguna otra necesidad que ser consumidos al extremo de la obsolescencia. La *Ge-stell* de Heidegger es el fenómeno de la consumación de aquella metafísica cada vez más arrinconada por alumnos de escuelas politécnicas en busca del máximo rendimiento posible dentro del actual paradigma de innovación. Pero no dispuesta a perderse en preguntas que respondan a favor de un Espíritu crítico, ahora desazonado y reducido a su corpus *textual* o reconducido al ejercicio de la hermenéutica. Ejercicio válido para los pocos meditabundos que quedan y quedarán en los años pre-glaciares por venir. Unos meditabundos a los que les quedarán preguntas e interrogantes con tal de mejorar las condiciones en las que se les presenta un Espíritu abandonado al progresivo desterramiento del ser humano migrante a las grandes ciudades y a ostentar un estilo de vida que, efectivamente, no es capaz de permitirse. Según la actual ordenación territorial de una tierra de fronteras y de chasis predeterminado, no se va más allá de la liberación de una hiper-escritura (Morton, 2013) ahora universal y apegada a la condición de toda posible potenciación de la técnica.

No hay más *apertura* o *das Offene* rilkiano dado que los usos y las costumbres de cada lugar no suscitan preguntas, sino que remiten a una simbología determinada por

una voluntad de poder adquisitivo lejos de dirigir movimientos del alma más astutos que la mera eficiencia energética al mínimo coste posible. Una economía política universalizada al extremo de montarse sobre sí misma, escalón tras escalón, hasta llegar a un montaje de la *Ge-stell* en forma de rascacielos de ciudades en las que ya no hay posibilidad de una expansión horizontal por la excesiva densidad de población. Por lo que ha de crearse un sobre-suelo debido a una insuficiente superficie previamente ocupada.

En Marx, por un lado, se sanciona la técnica como forma de apropiación de los medios de producción como una perversión históricamente dada entre la clase burguesa dentro de núcleos poblacionales. Los empleos productivos de tales medios técnicos hacen que el fetichismo de la mercancía haya quedado como objetivo único de la esencia de la obtención de una rentabilidad fija a corto y medio plazo gracias a la plusvalía sobre las fuerzas productivas, las cuales producen mercancías. En Heidegger, por otro lado, se menciona la dimensión planetaria de la técnica cual desterramiento enajenante del terruño de cada ser humano hacia centros poblacionales y cuanto más desterrado se sienta uno frente a aquella fuerza de la organización de la naturaleza, más cerca estará de encontrarse en el extra-radio de aquellos núcleos poblacionales. Tal desterramiento de la esencia del ser humano es tan acusado a día de hoy que la tierra ha sido movilizada en su totalidad a modo de perfecto mecanismo en el que tanto entidades humanas y no-humanas participan de él como engranajes perfectamente montados unos sobre otros. Un montaje que tan sólo obedece al funcionamiento planetario y terráqueo de lo que Heidegger ha dado buena cuenta en sus sucesivos textos: la *Ge-stell* o emplazamiento terráqueo-técnico con el que el ser humano organiza la fuerza de algunos hombres y de algunas mujeres, encarnando la manida tesis del hombre por el hombre. Una estructura que se ha cernido sobre la faz de la tierra, ahora industrializada, del moderno Occidente y del resto del planeta occidentalizado.

Con un planeta tan estrecho como el nuestro, y el único habitable dentro del sistema solar, no es viable una extensión más para el capitalismo, el cual no tiende a un crecimiento ilimitado dentro de los límites del sistema planetario en el que se inserta. De hecho, el capitalismo está en un estado terminal según asegura Anselm Jappe, quien augura mucho sufrimiento para quien no esté preparado para un final abrupto

ni de sistema (Jappe, 2020). Un final asincrónico, no necesariamente simultáneo, en el que intervendrá mucho dolor y genocidios, debido a un desmesurado abuso de los recursos naturales limitados y finitos del planeta, y a una falta de organización en torno a esa grave carencia cada vez más acuciante que es la futura ausencia de hidrocarburos. Dentro de unas limitaciones en las que podemos movernos cada vez peor. Una carencia que hemos ido ignorando hasta componer el ADN de nuestras sociedades modernas, tan tecnificadas y motorizadas.

Esto requiere un pensamiento apropiado para quien esté en contra de mercantilizar el planeta por encima de sus capacidades existentes. Pues el planeta Tierra mismo, el único habitable del sistema solar, no podrá con el peso histórico de la especie humana durante un tiempo indefinido, consistente en un «extractivismo» ilimitado. De hecho, y esto no siempre es de consuno con la «eticidad» de los tiempos que corren, no todo avance técnico o de una tecnología concreta es paralelo a un despliegue moral que los explique. O que sencillamente basten pocas consideraciones morales que lo amparen en los usos que se justifican a raíz de aquellos despliegues tecnológicos. Un pensar así, expuesto de un modo muy conciso por Ernst Gombrich en su conferencia publicada como «*The ideas of progress and their impact on art*» de 1971 (*vid.*) es muy útil para este punto de la reflexión. Pues no es preciso que una tecnología se adecúe al tiempo histórico de su curso ético-histórico para justificarse en su uso o, dicho de otro modo, no es necesario justificar lo ético del uso del más moderno fusil de asalto o de bombas de racimo en una guerra si el objetivo es arrebatar vidas. No es paralela la noción de evolución tecnológica con un progreso moral. No todo es comparable, y ya si la ejecución de vidas o un bombardeo ocurren, aún menos es posible pensar en un progreso moral que alimente un Espíritu que únicamente puede considerarse como tal cuando las vidas que lo transmiten no son aniquiladas.

Teniendo en cuenta que la idea de progreso orgánico viene de la filosofía aristotélica —de la potencia de algo en llegar a convertirse en lo que llegará a ser— se ha sobreentendido el progreso orgánico como metáfora directa sobre el progreso científico y su crecimiento cognoscitivo, olvidándose de que la técnica (se banaliza que el actual sustento de las exploraciones y las experimentaciones científicas no son posibles sin la *Ge-stell* descrita y cristalizada por Heidegger) no progresa necesariamente al son de la evolución de nuestra organización social ni de la *eticidad*

de los tiempos sustentados por un planeta. Olvidando así que, a pesar de que la naturaleza evolucione (en acto y potencia), no es inherente a este proceso evolutivo el hecho de que el progreso instrumental se valga por sí mismo para llegar a convertirse en una suerte de salvación frente a problemas morales o de «convivencialidad» planetaria debido, justamente, a una excesiva potenciación a escala planetaria de la *Ge-stell*.

Cortar con el abusivo paralelismo entre evolución natural y progreso instrumental por medio de una ilustración de la falacia naturalista, gracias a la diferencia entre el hecho tecnológico (lo útil efectivo y fáctico) y el deber ser del futuro hecho tecnológico (por un lado, el transhumanismo y el abandono del planeta Tierra y, por otro lado, la pertinente tentativa ecologista por cancelar la desmesura de la tecno-ciencia) ha sido el objetivo de este texto.

Bibliografía

- Bardi, Ugo (2011), *The Limits to Growth Revisited*. New York, Springer.
- Benet, Lucas (2021), «La metáfora ecologista en torno a la técnica», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 103, pp. 187-210, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.103.144>>, [10/06/2023]
- Gombrich, Ernst (1971), *The ideas of progress and their impact on art*. New York, The Cooper Union.
- Heidegger, Martin (2000), «El final de la filosofía y la tarea del pensar», en *Tiempo y ser* (José Luis Molinuevo et. al., trads.). Madrid, Tecnos.
- Heidegger, Martin (2014), «La cosa» en *Conferencias y artículos*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Heidegger, Martin (2012), *Ser y tiempo* (Jorge Eduardo Rivera, trad.). Madrid, Trotta.
- Ihde, Don (1999), *Expanding Hermeneutics: Visualism in Science. Studies in Phenomenology and Existential Philosophy*. Evanston (Ill.), Northwestern University Press
- Jappe, Anselm (2020), *Las aventuras de la mercancía*. Logroño, Pepitas de Calabaza.
- Meadows, Donella et al. (1972), *The Limits to Growth; a Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. New York, Universe Books.
- Morton, Timothy (2013), *Hyperobjects: Philosophy and Ecology after the End of the World*. Minneapolis/London, University of Minnesota Press.
- Nancy, Jean-Luc (2015), «Of Struction», en Jean-Luc Nancy y Aurélien Barrau, *What's These Worlds Coming to?* New York, Fordham University Press.
- Shiva, Vandana (2003), *¿Proteger o expoliar? Los derechos de propiedad intelectual*, Barcelona, Intermón Oxfam
- Vernant, Jean-Pierre (2017), *Mito y pensamiento en la Grecia antigua* (Juan Diego López Bonillo, trad.). Barcelona, Ariel.